

Conocí a un hombre en Cristo hace unos cuatro años que, siendo cubierto por el espíritu el 26 de febrero de 2005, el Señor se le apareció de nuevo. Y el Señor le hablaba cara a cara con plena humildad, como habla un hombre con otro, llamándolo por su nombre. Mientras hablaban, el Señor extendió Su mano y tocó los ojos del hombre y dijo: ¡Mira! El hombre había abierto ante él una vista del Señor arrodillado en oración. Estaba en un lugar oscuro. El aire estaba pesado y nublado por la tristeza. El hombre vio al Señor orando en Getsemaní la noche de Su traición y antes de Su crucifixión. Todo lo que el Señor había hecho previamente en Su ministerio terrenal al sanar a los enfermos, resucitar a los muertos, dar la vista a los ciegos, restaurar el oído a los sordos, curar al leproso y ministrar alivio a los demás mientras enseñaba, no era más que un prelude de lo que el Señor iba a hacer ahora en esta noche oscura y opresiva.

Cuando el Señor se arrodilló en oración, comenzó Su sufrimiento indirecto. Fue vencido por el dolor y la angustia. Él sintió dentro de Él, no solo los dolores del pecado, sino también las enfermedades que los hombres sufren como resultado de la Caída y sus decisiones insensatas y malas. El sufrimiento fue largo y el desafío difícil. Fue sanado de la enfermedad. Superó los dolores y soportó pacientemente las enfermedades hasta que, finalmente, recuperó la paz de la mente y la fuerza del cuerpo. Fue necesario un acto de voluntad y esperanza de que Él venciera la aflicción que había sido derramada sobre Él. Superó la separación causada por estas aflicciones y se reconcilió con su Padre. Estaba en paz con toda la humanidad.

Pensó que sus sufrimientos habían terminado, pero para su asombro, otra ola lo venció. Este era mucho más grande que el primero. El Señor, que había estado arrodillado, cayó sobre Sus manos ante el impacto del dolor que era parte de una segunda ola mayor.

Esta segunda ola fue mucho más grande que la primera que pareció vencer completamente al Señor. El Señor ahora estaba afligido con heridas físicas así como con aflicción espiritual. Mientras sufría de nuevo, Su carne fue desgarrada, la cual curó usando el poder de la caridad dentro de Él. El Señor tenía tal vida dentro de Él, tal poder y virtud dentro de Él, que aunque sufrió en Su carne, estas heridas sanaron y Su carne se restauró. Su sufrimiento era tanto del cuerpo como del espíritu, y había angustia de pensamiento, sentimiento y alma.

El Señor superó esta segunda ola de sufrimiento y nuevamente encontró paz mental y fortaleza corporal; y su corazón se llenó de amor a pesar de lo que había sufrido. De hecho, fue la caridad o el amor lo que le permitió vencer. Estaba en paz con su Padre y con toda la humanidad, pero requirió otro acto de voluntad y caridad aún mayor que el primero para hacerlo.

Una vez más, el Señor pensó que Su sufrimiento había terminado. Se quedó sobre Sus manos y rodillas por un momento para recuperarse cuando otra ola de tormento estalló sobre Él. Esta ola lo golpeó con tanta fuerza que cayó de bruces. Fue afligido por esta gran ola. Luego fue sanado, solo para luego ser afligido nuevamente cuando las olas del tormento se desbordaron. Ola tras ola se derramó sobre Él, con solo momentos entre ellas. El sufrimiento del Señor progresó de una aflicción menor a una mayor; porque como uno sería vencido por Él, el próximo, mayor aflicción entonces sería derramada. Cada ola de sufrimiento era solo una preparación para la próxima ola más grande.

Los dolores de la mortalidad, la enfermedad, las lesiones y las dolencias, junto con los sufrimientos del pecado, las transgresiones, la culpa de la mente y la inquietud del alma, los horrores del reconocimiento de los males que los hombres habían infligido a otros, todos fueron derramados sobre Él, con confusión y perplejidad multiplicada sobre Él.

Anhelaba que terminara y pensó que terminaría mucho antes de que finalmente terminara. Con cada ola, pensó que sería la última, pero luego vino otra sobre Él, y luego otra más.

El que contemplaba esta escena se dolió por lo que vio y rogó que terminara la visión del sufrimiento del Señor. No podía soportar ver a su Señor sufriendo de esta manera. La petición fue denegada y la visión no terminó, pues el Señor le exigió que la presenciara.

El hombre vio que el Señor rogaba de nuevo al Padre que “esta copa pase” de Él. Pero el Señor estaba determinado a sufrir la voluntad del Padre y no la Suya. Por lo tanto, una ola final vino sobre Él con tal violencia que lo cortó por todos los poros. Pareció por un momento que estaba desgarrado, y que la sangre salía de cada poro. El Señor se retorció de dolor en el suelo cuando este gran tormento final fue derramado sobre Él.

Toda virtud le fue quitada. Toda la gran fuerza de vida en Él fue herida y afligida. Toda la luz se convirtió en oscuridad. Fue humillado, agotado y se quedó sin nada. No es posible que un hombre soporte tales dolores y viva, pero sin nada más que voluntad, esperanza en su Padre y caridad hacia todos los hombres, salió de la última ola de tormento, sabiendo que había sufrido todo esto por su Padre, y sus hermanos. Por su esperanza y gran caridad, confiando en el Padre, el Señor volvió de este oscuro abismo y halló de nuevo la gracia, estando su corazón lleno de amor hacia el Padre y hacia todos los hombres.

Estas grandes cargas fueron llevadas por el Señor no solo en nombre de la humanidad, sino también como un prelude necesario de Su muerte en una cruz romana. Si no hubiera estado tan debilitado físicamente por estos sufrimientos y sin poder interior, la flagelación y la crucifixión que sufrió a manos de los hombres no podrían haberle quitado la vida.

Pasaron muchas horas después de que esta visión se cerró antes de que el que presencié este sufrimiento pudiera recobrar la compostura. Lloró a causa de la visión que se le mostró y se maravilló del gran sufrimiento del Señor por la humanidad.

El testigo reflexionó durante muchos días sobre esta escena del gran sufrimiento del Señor. Leyó muchas veces el relato de la agonía del Señor dado a José Smith, que dice: Por tanto, te mando que te arrepientas, arrepientete, no sea que te hiera con la vara de mi boca, con mi ira, con mi ira y con los sufrimientos sean dolorosos, cuán dolorosos no sabes, cuán exquisitos no sabes, sí, cuán difíciles de soportar no sabes. Porque he aquí, yo, Dios, he sufrido estas cosas por todos, para que no padezcan si se arrepienten. Pero si no se arrepienten, deben sufrir como yo: cuyo sufrimiento me hizo a mí mismo, Dios, el mayor de todos, temblar a causa del dolor, y sangrar por cada poro, y sufrir tanto en el cuerpo como en el espíritu, y desear no poder beber la amarga copa y desmayar. No obstante, gloria sea al Padre, y yo participé y terminé mis preparativos para con los hijos de los hombres.

Reflexionó y preguntó: ¿Por qué hubo olas de tormento? ¿Por qué aumentaron en dificultad? ¿Cómo estaban organizados, ya que parecían ajustarse a un patrón?

Después de mucho tiempo indagando en las cosas que había visto, el Señor, que es paciente y misericordioso y está dispuesto a instruir a los que lo invocan, se le apareció nuevamente al hombre el 20 de diciembre de 2007. Le hizo saber que las olas de tormento sufridas por el Señor venían en pares que se reflejaban entre sí. La primera de cada oleada derramó sobre el Señor aquellos sentimientos, arrepentimientos, recriminaciones y dolores que sentían quienes agredían a su prójimo. Luego siguió

una segunda ola, que reflejó la primera, pero impuso los dolores sufridos por las víctimas de los actos cometidos por los de la primera ola. En lugar de los dolores de los que infligen daño o daño, ahora era la ira, la amargura y el resentimiento que sentían los que sufrían estos males.

De cada ola de sufrimiento, ya sea como afligido o como víctima de esos males, el Señor vencería los malos sentimientos asociados con estos males, y encontraría Su corazón nuevamente lleno de paz. Por eso, en la visión del sufrimiento del Señor, fue en las segundas oleadas que a menudo aparecían heridas en Su cuerpo.

La mayor dificultad en estas oleadas pareadas de tormento fue siempre la superación del sufrimiento de la víctima. Con estas olas el Señor aprendió a vencer los resentimientos de las víctimas, a perdonar ya sanar el cuerpo y el espíritu. Esto fue más difícil que vencer las luchas surgidas del que cometió el mal. Esto se debe a que el que hace el mal sabe que ha hecho mal y siente un arrepentimiento natural cuando se ve a sí mismo bien. La víctima, sin embargo, siempre siente que es su derecho guardar resentimiento, juzgar a su perseguidor y negar la paz y el amor a sus semejantes. Se requería que el Señor venciera a ambos para poder socorrer a ambos.

En el emparejamiento de las olas, el primer tormento era de la mente y el espíritu, y el segundo era el tormento de la mente, el espíritu y el cuerpo.

El Señor experimentó todo el horror y el arrepentimiento que sienten los hombres malvados por sus crímenes cuando finalmente ven la verdad. Él experimentó el sufrimiento de sus víctimas, cuya justa ira y resentimiento y desilusión naturales también deben ser derramados, y perdonados, para que puedan encontrar la paz. Los venció a todos. Descendió por debajo de todos ellos. Él lo comprende todo. Y él sabe traer la paz a todos ellos. Sabe cómo amar a los demás, ya sea el que ha ofendido o el que es víctima de la ofensa.

En la ola final, Él sintió los pecados más brutales, más malvados y más atroces que los hombres se infligen unos a otros como víctima de lo peor que los hombres pueden hacer. Sabía lo que se sentía al sufrir una muerte injusta. Sabía lo que era ser una madre con un niño en brazos mientras ambos son asesinados por aquellos que se deleitan en su sufrimiento. Sabía cómo era para los hombres ambiciosos librarse de un rival mediante la conspiración y el asesinato. Sabía lo que era que le robaran la virtud a un inocente. Conoció la traición, la traición y el abuso en todo su peor horror degradante. No hubo crueldad, ni ofensa, ni mal que la humanidad haya sufrido o sufrirá que no haya sido puesto sobre Él.

Sabía lo que es para los hombres satisfacer su ambición vistiendo su hipocresía con ropajes religiosos. También sintió lo que era ser víctima de la opresión religiosa por parte de aquellos que pretenden practicar la virtud mientras oprimen a los demás. Él conocía los corazones de aquellos que lo matarían. Antes de confrontar su condenación de Él en la carne, sufrió el tormento de su mente cuando reconocieron que Él era el Señor, y luego encontró paz por lo que harían al rechazarlo. En este extremo, hubo locura misma cuando reflejó el mal que lo destruiría, y aprendió cómo llegar a la paz con el Padre después de matar al Hijo de Dios, y a amar a todos los involucrados sin restricciones ni pretensiones, incluso antes de que hicieran estas cosas. hechos terribles. Su sufrimiento, por lo tanto, abarcó todo lo que sucedió, todo lo que sucedió y todo lo que sucedería en el futuro.

Como resultado de lo que sufrió el Señor, no hay condición —física, espiritual o mental— que Él no comprenda completamente. Él sabe cómo enseñar, consolar, socorrer y dirigir a cualquiera que venga a Él en busca de perdón y paz. Por eso el profeta escribió: por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos; porque él llevará las iniquidades de ellos. Y otra vez: Ciertamente él llevó nuestras

enfermedades, y cargó con nuestros dolores; pero nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Pero él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre él; y con sus llagas somos curados.

Obtuvo este conocimiento por las cosas que sufrió. Él sufrió para que pudiéramos evitar el pecado siendo obedientes a sus mandamientos. Ninguno de nosotros necesita hacer daño a otro, si lo seguimos. Conoce plenamente las consecuencias del pecado. Enseña a sus seguidores cómo evitar el pecado.

El profeta Alma enseñó y entendió los sufrimientos de nuestro Señor cuando escribió: Y saldrá, sufriendo dolores y aflicciones y tentaciones de todas clases; y esto para que se cumpliera la palabra que dice que tomará sobre sí los dolores y las enfermedades de su pueblo. Y tomará sobre sí la muerte, para soltar las ligaduras de muerte que atan a su pueblo; y tomará sobre sí sus enfermedades, para que sus entrañas sean llenas de misericordia, según la carne, a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a su pueblo según sus enfermedades. [Alma 7:11-12]

Él puede traer paz a cualquier alma. Él puede ayudar a quienes acudan a Él a amar a sus semejantes. Sólo Él es el Maestro Perfecto porque sólo Él tiene el conocimiento que a cada uno de nosotros nos falta para volver a estar completos y en paz con el Dios y Padre de todos nosotros después de nuestra transgresión de Su voluntad. Él es sabio en lo que se requiere para la salvación de cada hombre.

Cuando el Señor le dio a conocer estas terribles cosas, el hombre gritó: ¡Hosanna al Cordero de Dios! ¡Ha pisado solo el lagar! ¡Gloria, honor y misericordia sean con el Elegido por los siglos de los siglos! ¡Me someteré a cualquier cosa que creas conveniente que me pidas! ¡Doblaré mi rodilla en obediencia a ti! ¡Que se haga tu voluntad, no la mía! Entonces, pensando en cuán insignificantes habían sido sus dificultades y decepciones en comparación con el sufrimiento que vio impuesto a su Señor, el hombre agregó: ¡Ciertamente el bien y la misericordia han sido míos todos los días de mi vida!

Y el Señor respondió: En la casa del Señor habitarás para siempre. Entonces el hombre lloró.

(© 2009 Come Let Us Adore Him, traducido al español)

Cuando vi Su resurrección, me sorprendió ver que todavía estaba oscuro. Cuando María se dio cuenta de que era Jesús, lo abrazó con alegría. Ella no le tendió tímidamente la mano, sino que lo saludó de buena gana con los brazos abiertos, y Él, a su vez, la abrazó. Ella no le tendió tímidamente la mano, sino que lo saludó de buena gana con los brazos abiertos, y Él, a su vez, la abrazó. ¡Es difícil describir lo que vi del incidente, aparte de decir que el Señor estaba triunfante, exultante, lleno de gozo por Su regreso de la tumba! Ella compartió su alegría. Se me mostró la escena y no tengo palabras para comunicar adecuadamente cuán completos fueron los sentimientos de alegría y gratitud que sintió nuestro Señor esa mañana. Tan oscuros y terribles fueron los sufrimientos por los que pasó, cuya magnitud es imposible que el hombre pueda expresar con palabras, estos sentimientos de triunfo fueron, por otro lado, de igual magnitud en su alegría y gratitud. No creo que sea posible que un mortal sienta la plenitud de ninguno de los dos. Y, habiendo sentido algo de lo que Él comparte con Sus testigos, sé que las palabras son inadecuadas para captar Sus sentimientos en la mañana de Su resurrección. Tuvo la profunda satisfacción de haber cumplido con la tarea más difícil dada por el Padre, sabiendo que era un beneficio para todos los hijos de Su Padre, y se había hecho perfectamente.

María y Cristo se abrazaron. No hubo nada de tímido en el cálido encuentro que tuvo con Él. Entonces le dijo: "No me retengáis", porque tenía que ascender, regresar e informar a su Padre. José Smith estaba

en lo correcto cuando revisó este lenguaje. Entonces lo vi ascender al cielo. Vi la luz celestial dorada brillando sobre María mientras ella observaba su ascenso. Todo esto sucedió mientras aún estaba oscuro la mañana en que Él resucitó de entre los muertos. Él me ha mostrado esto y puedo testificarlo como testigo.

Aunque he revelado algo de lo que se me ha mostrado, no puedo contarlo todo. Si yo tengo un testimonio de la resurrección del Señor, ciertamente tú puedes tener lo mismo. No hay nada significativo en mí. Además, no puedo obligarte a que me creas, pero puedo testificar verdaderamente de Él. Cree en Su promesa de venir a ti y consolarte, y hacer Su morada contigo (John 9:8). Créele, porque todos son igualmente dependientes de Él para su esperanza de salvación. Nunca pongas tu salvación eterna en manos de nadie que no sea Jesucristo, quien pagó para rescatarte. La creencia basada en el testimonio o testimonio de otro nunca debería satisfacerte. Debes seguir adelante y obtener tu propio testimonio de tu Señor Resucitado. Pasa a la acción, crece más allá de la creencia, actúa de conformidad con las cosas que Él te ha pedido y desarrolla la fe. Usa esa fe para desarrollar el conocimiento de El, entonces no dependerás de nadie mas para el conocimiento que te salvará y te asegurará la vida eterna.